

Ultra Violet



 Wonderful Laif

Al otro lado del túnel

# Guonderful Laif

Al otro lado del túnel

Ultra Violet

Copyright © 2021 Ultra Violet

[www.lawebdeultraviolet.com](http://www.lawebdeultraviolet.com)

Diseño de portada: Ute Wehner

Todos los derechos reservados.

ISBN: 9798706107802

*Para ti, que quieres hacer realidad tus sueños.*



## ÍNDICE

1. AL OTRO LADO DEL TÚNEL .....	7
2. COMO CAÍDA DEL CIELO .....	15
III. CUERPO DE MUJER .....	25
4. UNA DE CAMIONEROS.....	31
5. METAMORFOSIS .....	45
VI. DAME MÁS.....	53
7. ¿EL PRINCIPIO O EL FIN? .....	57
8. CARRETERA Y CINTO .....	63
IX. ELLA .....	73
10. LA HORA FEMINISTA .....	77
XI. CHIQUILLA.....	87
12. ROJO, VERDE Y AZUL.....	91
XIII. ELLA TODO LO HACE BIEN.....	107
14. ARMAS DE MUJER.....	113
XV. SI TE VAS.....	131
16. POR UN SUEÑO .....	135
XVII. <i>WONDERFUL LIFE</i> .....	151
18. ADICTOS .....	157
XIX. QUÉ CHICA .....	175
20. EL ÚLTIMO ANOCHECER .....	181
21. EN LA OTRA HABITACIÓN.....	193
XXII. <i>RETURN TO INNOCENCE</i> .....	207
23. LOS DOS CAMINOS .....	213
24. RESPUESTAS.....	229
XXV. OTRA COMO TÚ .....	241
26. RAÍCES .....	247
27. LA MÁQUINA DEL TIEMPO.....	257

XXVIII. LOCO POR VERTE .....	271
29. CUANDO EL DIABLO SE PONE DE TU PARTE.....	279
30. NOTICIAS .....	291
31. NUEVA VIDA .....	305
32. LA NOCHE MÁS LARGA .....	317
XXXIII. <i>BROTHERS IN ARMS</i> .....	323
34. LO QUE LA MAREA TRAJÓ .....	327
XXXV. CUÉNTAME UN CUENTO .....	335
36. CUANDO TE ENCONTRÉ, CUANDO TE PERDÍ.....	341
XXXVII. <i>KEEP THE FAITH</i> .....	347
38. <i>ULTRAVIOLET</i> .....	351
39. SIEMPRE .....	365
40. EL CÉNTIMO.....	371
EPÍLOGO .....	381

## 1. AL OTRO LADO DEL TÚNEL

Entré en el despacho y lancé la carpeta con los documentos sobre la mesa de mala manera.

—¿Me puedo ir ya o quiere algo más el señor?

Carlos estaba recostado en el sillón mirando unos papeles.

—No te pongas así, es tu trabajo y lo tienes que hacer. —Me habló sin levantar la vista.

—¿Cómo? ¿Mi trabajo? ¡Qué morro tienes! Me ocupo de todo lo referente a tu caso y eres tú quien se lleva los laureles mientras estás aquí tocándote los huevos a dos manos —respondí enfurecida.

—Tú tan bienhablada como siempre. Si te jode que me hayan ascendido no es mi problema —me contestó sin inmutarse.

—A mí no me jode que te hayan ascendido (aunque creo que no te lo mereces). Es más, me lo esperaba, es lo que pasa cuando uno trabaja en el bufete de su papá.

—Tranquilízate, chica, ya te he dado tu parte de lo del piso, ¿no? No entiendo tus ataques.

Le observé detenidamente, muy seria.

—A ti lo que te pasa es que no puedes soportar la idea de que te dejara y lo único que pretendes es hacerme la vida imposible. Y no, yo no te ataco, solo te digo que es viernes, tenía que haber salido a la una del mediodía porque había quedado a comer con una clienta a la que sí llevo un caso y he tenido que llamarla para posponer la cita porque el señor me ha exigido que termine sus papeleos. Y ahora mismo son las cuatro de la tarde, he quedado mal con ella y además me he perdido la clase de *spinning*.

—Ah, perdón, que he fastidiado a la señora la clase de *spinning* —dijo irónicamente. Después me clavó sus ojos castaños—. Yo no pretendo hacerte la vida imposible, solo quiero que el trabajo salga, y si es bien, mejor. —Se recostó en el sillón sin apartarme la vista—. Así es la vida, guapa, tu empleo es lo primero y si hay que perderse el gimnasio u organizarse de otra manera con los clientes para realizar las máximas tareas posibles, se hace y punto.

Se levantó y se acercó al perchero para coger un sobre que tenía guardado en su chaqueta. Yo le miraba fijamente, había cambiado con los años. El chico rubio, atlético, atractivo y encantador que se iba a comer el mundo, del que me había enamorado hacía mucho tiempo, se había convertido en un hombre amargado y triste dominado por su ambición.



Ganar más dinero era una obsesión para él, hasta tal punto que su vida privada quedaba anulada por su empleo y en su físico se manifestaba en unas marcadas ojeras, una incipiente barriga y unas entradas en el pelo acentuadas por el estrés. Pese a eso, siempre sabía maravillárselas para encasquetarle la labor que menos le gustaba a otro, aunque para ello tuviese que invadir su privacidad.

—La gente tiene vida y mi clienta (que también es trabajo) no podía quedar hoy más tarde, sino que he tenido que citarla otro día, lo cual retrasa el proceso, y yo también tengo vida y no tengo por qué complicármela haciendo tus tareas —protesté.

—Esta tarea no es mía —señaló la carpeta que yo había puesto sobre su mesa—, sino del bufete con el que tienes un contrato y que te paga a fin de mes, como también lo es el viaje a Alemania al que voy la semana que viene y que llevo preparando todo el día. Así que...

—Así que me voy —interrumpí, no quería perder más el tiempo escuchando sus tonterías—. Que te lo pases bien en Alemania y hazme un favor quedándote allí una buena temporada. Ahí te dejo mis..., digo, tus documentos.

—¡Aún no he terminado de...! —me gritó.

Salí del despacho dando un portazo que interrumpió su frase y me dirigí hacia el ascensor echando pestes por la boca. No tuve que esperar mucho, ya que un viernes a esa hora no había demasiada gente en el edificio.

Mientras bajaba, seguía dándole vueltas a aquella discusión. No había nada peor que trabajar con tu exnovio y más si le habían hecho tu jefe por méritos genéticos. Estaba totalmente absorta en mis pensamientos cuando el elevador se detuvo en la segunda planta, donde se subió una chica.

—¡Hola! —me saludó con un gesto muy amigable y una amplia sonrisa. Tenía el pelo corto de color castaño oscuro, el mismo tono que sus ojos, y llevaba una camisa *hippie* y un pañuelo anudado al cuello. Rondaría la treintena.

—Hola —respondí esbozando una leve mueca, la justa que me permitía el cabreo que llevaba.

Ella me miró un instante, dubitativa, y por fin se dirigió a mí.

—Verás, es que nos acabamos de instalar en el edificio y nos estamos dando a conocer, ¿trabajas aquí? —Me dio una tarjeta.

—Sí, en la cuarta planta.

—Ah, donde los abogados, ¿no?

—Sí, y vosotros sois psicólogos, por lo que veo —le dije con poco brío leyendo la pequeña cartulina que me había entregado.

—Sí, bueno, también estamos especializados en *coaching*.

—Ah, eso es como una especie de entrenador para conseguir tus logros, ¿no?

—Algo así. Mira, estamos haciendo una encuesta para darnos a conocer. —Me extendió un papel, ya habíamos llegado a la planta baja—. Si te apetece responderla tienes una sesión gratis para poder trabajar sobre ella. Puedes rellenarla tú o entregársela a alguien que lo necesite. —El ascensor se había parado y se habían abierto las puertas. La chica se situó entre ellas para que no se cerrasen a la vez que me lo explicaba.

—Vale, ¿y de qué es la encuesta? —Leí la primera pregunta que decía: «¿Eres feliz?». Con el humor que tenía en ese momento aquella cuestión me parecía que estaba fuera de contexto.

—Es un poco general, es para descubrir si hay algún ámbito de tu vida que quieras mejorar para ser más feliz, y es ahí donde nosotros te podríamos ayudar.

—Bueno, venga, le echaré un vistazo —afirmé con desgana.

—¡Genial! Mira, para que salga bien tienes que seguir dos instrucciones. La primera: no debes dejar ninguna pregunta en blanco, ni pasar a la pregunta siguiente sin contestar a la anterior. Y la segunda: debes ser totalmente sincera, si no, no te servirá para nada.

—De acuerdo —respondí de manera breve, tenía ganas de acabar aquella conversación para poder irme.

—Si tienes alguna duda, puedes llamarme al número que aparece en la tarjeta. Cuando la tengas terminada entrégamela aquí, en la segunda planta, y ya hablamos. Ah, y toma alguna más por si conoces a alguien que esté interesado. —Me extendió un taquito de hojas—. Gracias y buen fin de semana.

—Igualmente —me despedí muy seria.

La chica salió, las puertas se cerraron y el ascensor bajó hasta el aparcamiento. Doblé los papeles que me había dado para meterlos en el bolso sin prestarles mucha atención y me dirigí hacia mi coche. Tras abrir la puerta y tirar el bolso en el asiento del acompañante me percaté de que me había dejado la chaqueta y el maletín en el despacho. En circunstancias normales hubiese subido a por ellos, pero no quería volver a encontrarme con Carlos. De todas formas, nadie entraría en la oficina hasta el lunes, así que arranqué y me fui de allí chirriando ruedas.

Cuando salí al exterior estaba lloviendo a mares y, mientras el limpiaparabrisas funcionaba a toda velocidad, yo seguía dando vueltas a las discusiones que tenía con Carlos día tras día. Parecía mentira, habíamos

vivido una relación de ocho años para acabar siendo enemigos. Creo que caímos en la rutina y, poco a poco y sin hacer ruido, el amor que habíamos sentido el uno por el otro, algún día de un pasado que nos resultaba muy lejano, dejó de serlo para dar paso a una relación vacía entre dos personas que lo único que compartían era el lecho y el techo bajo el que dormían. Aunque solo una de ellas se percató de este hecho. Menos mal que, pese a intentarlo durante más de dos años, jamás me quedé embarazada. Después de hacernos pruebas, el ginecólogo me informó, tras ver mis resultados, de que solo podría ser madre si me sometía a un tratamiento de fertilidad, pero entonces la relación estaba demasiado deteriorada como para pensar en tratamientos. Él había cambiado. Era más frío, más distante, queríamos cosas diferentes. Me di cuenta de que ya no estaba enamorada y un día le dejé sin que se lo esperara. Él se desesperó, no quería dejarme marchar del dúplex que habíamos comprado a medias. Hicieron falta diez meses para hacerle entrar en razón y, por fin, esa semana me abonó el dinero de mi mitad para quedarse con aquel inmueble que, por otra parte, nunca me había gustado.

Tan entretenida estaba en recrear cada situación y cada palabra en mi mente, que me pasé de largo la salida de la autovía que conducía al apartamento donde estaba viviendo de alquiler. Me di cuenta en el momento en que, de repente, dejó de caer agua por el parabrisas debido a que me metí en un túnel que no estaba dentro de mi trayectoria convencional. Entonces la frase volvió a resonar en mi cabeza: «Así es la vida, guapa, tu empleo es lo primero...». Esa afirmación me preocupó y me hizo pensar. Aquello era cierto, tan cierto que, en los últimos meses, en los últimos años solo me había ocupado de trabajar. El resto de parcelas de mi vida estaban vacías y no había hecho nada por evitarlo, me había convertido en un autómatas. Me entraron ganas de irme para siempre, quería aparecer en algún lugar donde me sintiera libre. Y sin inmutarme lo más mínimo, decidí seguir por ese camino sin saber lo que iba a encontrarme al otro lado del túnel.

No sé si la distancia que recorrí por aquel conducto fue muy larga, pero para mí ese trayecto sucedió a cámara lenta. Era como si los últimos acontecimientos de mi vida estuviesen pasando delante de mis ojos, reflejados en el parabrisas mientras yo los observaba como quien examina a un alumno que no se sabe muy bien la lección. Me parecía increíble de qué manera mi existencia había llegado a ser tan monótona y, justo cuando me decidí a dar un giro en ella, como si se tratara de algo mágico, salí de nuevo al exterior. Aquel paisaje repleto de árboles me impresionó. Aún no

sabía dónde estaba exactamente ni adónde me llevaría aquella calzada, pero me sentía aliviada porque, de alguna forma, era como si hubiera dejado un pesado lastre al extremo opuesto.

Abrí un poco la ventanilla y dejé entrar en el habitáculo ese delicioso olor a bosque, a naturaleza, aderezado por el aroma que produce la lluvia cuando toca la tierra. En ese instante vi un cartel indicador e, hipnotizada por el sonido de las gotas de agua en aquellas hojas que tornaban a doradas por el incipiente otoño, decidí continuar en dirección a la Sierra.

No sé cuánto tiempo conduje, pero hacía rato que había abandonado la autovía y seguía por carreteras secundarias subiendo hacia el puerto. Estaba escuchando la radio, tarareando una canción, emocionada con mi nueva libertad, cuando el coche empezó a dar tirones. Cambié de marcha y, sin embargo, aun reduciendo la velocidad los vaivenes continuaban, así que no me quedó más remedio que poner las luces de emergencia y apartarme hacia la cuneta hasta que el coche se paró. Traté de arrancarlo reiteradas veces como Carlos Sainz en aquella fallida carrera, aunque mis intentos fueron en vano, así que lo dejé allí estacionado.

Me dispuse a salir del vehículo a resolver aquel contratiempo con mucho ánimo, ya que, a pesar de lo que suele suceder en este tipo de situaciones, no me sentía nerviosa ni enfadada. Pensé en llamar con el móvil para que me enviaran una grúa, pero en ese lugar no había cobertura. Decidí seguir con el plan B: pedir ayuda, lo cual no resultó ser una tarea fácil. En los cinco minutos que estuve allí parada solo pasaron tres vehículos y ninguno de ellos parecía muy dispuesto a entretenerse para prestarme auxilio. ¿Qué más podía hacer?

Me senté en el capó del coche con la mirada perdida. Las gotitas de lluvia me caían por la frente mientras pensaba en qué iba a ser de mi existencia. Mi cuenta bancaria estaba llena y, sin embargo, me sentía la mujer más pobre del mundo. Qué curioso, de repente te percatas de que la persona que tienes al lado no es el hombre con el que quieres pasar el resto de tus días y, cuando por fin lo entiende y te deja libre, no sabes qué hacer sin él. Había renunciado a tantas cosas por Carlos que no era capaz de recordar el sentido de mi vida y, sin embargo, él ya no significaba nada para mí. Nada. Lo descubrí cuando programó aquel viaje a Viena para arreglar lo nuestro.

—¿Arreglar lo nuestro? —Le miré a los ojos y entonces lo supe.

Él estaba allí con los billetes en la mano mientras yo pensaba en qué iba a hacer durante una semana a su lado en un país y una ciudad desconocidos para mí, iba a ser mi única compañía durante esos días. Me

entraron sudores fríos. Hacía varias semanas que ni siquiera manteníamos relaciones íntimas, y solo el hecho de que aquello pudiera suceder me producía una sensación enorme de rechazo.

—Carlos, es que... yo ya no te quiero —afirmé sin más.

—¿Cómo puedes decir eso? ¡Con los años que llevamos juntos! —Tenía la cara desencajada y sus ojos castaños muy abiertos. Me cogió de las manos.

—Yo..., lo siento, pero después de todo lo que hemos pasado... es que creo que no somos compatibles. Lo último que quiero es hacerte daño, pero ya no estoy enamorada de ti.

—¡Pero yo sí te quiero! —exclamó.

—Pues en los últimos años no me lo has demostrado mucho. La mayor parte del tiempo lo paso sola, a ti lo único que te preocupa es el trabajo, ganar más dinero, ¿para qué? ¿Me lo puedes aclarar? Y en tu tiempo libre te vas con quien te parece bien sin contar conmigo ni darme explicaciones.

—¿Cómo puedes decir eso? —repitió—. ¡Si trabajamos en el mismo sitio! Además, no puedo rechazar la invitación de un cliente.

—Sí, estás tan cerca y a la vez tan lejos... Y no es una, ni dos... Cuando no es la invitación de un cliente a jugar al golf, es una comida de compromiso. Como tú bien dices, yo trabajo en lo mismo y esas cosas las dejo para los días laborables.

—Esa es la diferencia entre tú y yo; yo tengo aspiraciones y tú no, y cuando se quiere llegar más alto hay que hacer esfuerzos y sacrificios —me echó en cara.

—Esa es la diferencia entre tú y yo; tus aspiraciones son materiales y las mías, (que sí tengo, por cierto), son personales. Estás muy equivocado conmigo, tantos años y aún no me conoces.

—Claro que te conozco, por eso he planeado este viaje, sé que llevas tiempo queriendo hacer una escapada, ¿vas a tirar ahora todo por la borda por una tontería? Si todo esto lo hago por nosotros, para que podamos vivir mejor —intentaba convencerme.

—¿Vivir mejor? Viviríamos mejor si no pagásemos tantas tonterías, por ejemplo, el club de campo, ¿para qué queremos eso? Yo los domingos estoy tan a gusto en casa con una peli y unas palomitas.

—Pues para relacionarnos con la gente, hija. Hay que tener vida social.

—Vida social... Aaahhh... Yo creo que hubiera estado mejor si te hubieses relacionado un poquito más conmigo antes que con el resto de la gente. Claro, que si eso hubiera pasado sabrías que llevo tiempo queriendo viajar, pero no a Viena, sino a la cordillera Cantábrica a ver acantilados.

—¿Desprecias mi viaje a Viena porque prefieres irte a ver acantilados al lado de las vacas? —decía indignado.

—No te das cuenta, ¿verdad? Es «tu viaje a Viena». Quizás si hubieras hecho realidad mi sueño, por simple que te pareciera, me hubieras demostrado que me quieres. En eso consiste el amor y a nosotros ya se nos ha olvidado —suspiré—. Carlos, cariño, yo ya no quiero estar contigo.

A partir de ahí lo de hacerme la vida imposible se convirtió en un deporte para él. Y de aquella vida que él intentaba complicarme solo me quedaban trozos sueltos que yo pretendía encajar como si de un puzle se tratase. Trabajaba en un prestigioso bufete como abogada, ganaba un sueldo muy generoso y..., ¿qué más tenía? Aparte de un par de buenas amistades y una familia estupenda a la que casi no veía por mi empleo..., ¡un coche averiado! Sentí un escalofrío, el agua comenzaba a calarme la ropa. Observé que a unos diez metros delante de mí había un cartel que señalaba la distancia al próximo pueblo, un kilómetro. Cogí el bolso, cerré el coche y me dispuse a recorrer aquel camino mientras los tacones se me hundían en el barro.



## 2. COMO CAÍDA DEL CIELO

Mis zapatos cada vez estaban más perjudicados por el barro, la ropa, más mojada, el pelo comenzaba a rizarse y las gotas que me resbalaban por la cara se llevaban consigo los restos del maquillaje que iban a parar al cuello de la blusa para convertirse en una creciente mancha de color «Teint innocence». Pero lo único que yo quería era olvidar, dejar todo el bagaje del pasado atrás. Estaba sola en medio de la nada, sin saber lo que me depararía el camino que tenía por delante; sin embargo, durante ese trayecto me sentía como si estuviese en contacto directo con la madre Tierra. De alguna manera, me parecía que los árboles, el barro y las gotas de la intensa lluvia se comunicaban conmigo. Era como si destrozando mi peinado, mi maquillaje, mi ropa y mis zapatos, me estuvieran diciendo que todo aquello que formaba parte de mi día a día no tenía importancia y que, por encima, pasando inadvertidas, existían cosas más poderosas. Quizás lo que me estaba sucediendo era una de las lecciones que tenía que aprender a lo largo de mi existencia, pero según iba avanzando me iba sintiendo más incómoda.

Aquella situación estaba resultando otro obstáculo más que librar en mi vida. Mi vida... Cómo odiaba en lo que se había convertido. Y cuando me disponía a irme sin rumbo en una osada decisión de última hora que pretendía transformarse en una pequeña aventura, todo se veía truncado por un problema mecánico. Me había imaginado aquella hazaña con un destino más playero, incluyendo un baño a media noche en el mar como colofón, en plan bautizo, como Desita en aquella serie ochentera, *Verano azul*, para después irme a descansar a la enorme cama de un hotel. Aunque bañada sí que estaba, pero en medio de la nada y por la lluvia que cada vez caía con más fuerza. Ignoraba cuánto llevaba recorrido, solo recuerdo que tras una curva pronunciada apareció una gasolinera, ¡mi salvación!

Aceleré la marcha hasta llegar a ella y me metí dentro de la tienda que tenía. Era un pequeño supermercado típico de estación de servicio con una escueta barra de bar. Detrás del mostrador me encontré a un señor echando la bronca a un chaval que debía de ser su empleado. Me paré delante de los dos esperando mi turno, pero como el buen hombre había cogido carrerilla y no parecía tener la intención de parar su sermón, le interrumpí.

—Eeh..., disculpen.

Todavía tuve que esperar unos segundos a que ambos me miraran.

—¿Sí? Dígame —contestó el hombre mayor aún con cara de pocos amigos.



—Sí, hola, buenas tardes. Verán, mi coche se ha averiado. Lo he tenido que dejar en la cuneta de esta carretera más o menos a un kilómetro, ¿saben dónde hay un servicio de grúa por aquí?

—Sí —contestó de nuevo el señor, después se dirigió al chaval—. ¡Niño, llama a Fermín!

El chico se apresuró a coger el teléfono.

—¿Y qué le ha pasado al coche? —preguntó el hombre.

—No sé, empezó a... —No pude terminar la frase.

—Anda trae, ya hablo yo con él. —Le quitó el teléfono de las manos al muchacho para gritarle al aparato—. ¡Fermín! ¡Soy Paco! Tienes aquí una avería... Sí..., je, je, je...—Se rio escandalosamente y colgó—. Ahora viene. —Miró de nuevo al chaval—. ¡Pero pregunta si quiere tomar algo a la señorita!

El chico me miró tímidamente.

—No se preocupe, tomaré un café con leche —contesté.

El joven se dio media vuelta para dirigirse a la máquina del café mientras el hombre comenzó a hablarme.

—Hay que enseñarles bien la profesión, ¿sabe usted? Que la vida está muy mal.

Por la forma de decirlo me pareció que el chico era su hijo, y porque cuando me servía el café, en su chapita identificativa leí que también se llamaba Paco.

Estuve «disfrutando» de aquella bebida mientras escuchaba en el hilo musical una ristra de coplas más propias de otra década, en la que nuestros abuelos eran jóvenes y estaban más preocupados por subsistir que por un aún inexistente teléfono móvil. Eso sí, he de reconocer que Paco «hijo» tenía un arte especial para preparar cafés.

Tras calentar el cuerpo y pagar, entré al baño para secarme un poco la cara y lavarme las manos. Cuando volví a la tienda me esperaba un señor moreno, regordete, con un hermoso bigote, un palillo entre los dientes y ataviado con un mono azul de taller.

—Mire, este es Fermín —me dijo el de la gasolinera—. Él la llevará con la grúa a recoger su coche.

—Vamos —contestó el tal Fermín.

Tuve que salir corriendo detrás de él hacia la grúa. No me había terminado de montar en el vehículo cuando se dirigió a mí.

—¿Dónde es, guapa?

Según le indicaba, salimos disparados de tal manera que, al dar la curva, mi mejilla se pegó a la ventanilla mientras mis manos se agarraban

desesperadamente al cinturón de seguridad, como si no hubiera un mañana, con la intención de anclarlo cuando la inercia me lo permitiera. Me sorprendía que aquel señor no se hubiera ahogado aún con el palillo con los meneos que le daba a la grúa.

—¿Hay algún sitio por aquí adonde llevar el coche? —le pregunté.

Fermín era un hombre parco en palabras, cuando ya creía que no me iba a contestar, me respondió:

—Al taller del pueblo.

Poco después llegamos adonde estaba mi vehículo. La lluvia nos dio una tregua y las maniobras pertinentes se realizaron de manera satisfactoria. Volvimos por el mismo camino, pasamos la gasolinera y a continuación empezaron a aparecer casas. Se trataba de un pueblo muy bonito con las fachadas de las viviendas de piedra, todas ellas enmarcadas por una montaña que se levantaba majestuosa al fondo, brillando en tonos verdes y grises. Estaba totalmente absorta observando el panorama cuando Fermín dio uno de sus giros característicos.

—Ya hemos llegado —dijo.

Me di la vuelta para ver si mi coche seguía sobre la grúa después del agitado viaje, quedándome gratamente sorprendida al comprobar que así era. Una vez solucionados los trámites del coste de aquel desplazamiento contemplados en el seguro del vehículo, se bajó para cruzar la calle. Tras un momento de duda, ya que la lluvia empezó a hacerse más intensa, le seguí, comprobando así que se dirigía al taller que había enfrente. Mientras esperaba a que pasaran dos coches para poder cruzar, empezó a caer agua de manera descomunal, tanto que cuando quise entrar en el taller iba ya hecha una sopa.

—¡Vaya cómo llueve! —exclamó un hombre que parecía el propietario del taller. Tendría unos cincuenta años, el pelo canoso y llevaba un mono de color gris.

—Sí... —le contesté intentando secarme un poco la cara con las manos—, de qué manera.

—Ahora le digo a mi mujer que baje una toalla. —Se dirigió a un teléfono que había colgado en la pared.

Deduje de aquello que tenía su vivienda en la planta superior del negocio. Tras una breve conversación telefónica, el hombre volvió hacia mí.

—Soy Antonio, el dueño del taller. Cuéntame, ¿qué le ha pasado a tu coche?

—Encantada, Antonio. No lo sé, de repente empezó a dar tirones hasta que se paró y no ha vuelto a arrancar.

—¿Hizo algún tipo de ruido antes? ¿Lo has dejado en el taller últimamente?

Empecé a explicarle a Antonio todo lo acontecido con mi coche, incluso que hacía un mes que había pasado su revisión periódica. Llevaba un rato hablando cuando me di cuenta de que a mi alrededor había tres hombres observándome atentamente, aparte de él y de Fermín. Dos de ellos portaban un mono gris como el de Antonio, uno era de mediana edad, el otro, un poco más joven, de unos treinta años. El tercero, sin uniforme, también treintañero, parecía ser un amigo del segundo, ajeno a la empresa, por la complicidad que existía entre ellos. Estaban los tres con cara de embobados mirándome cuando uno dio un codazo a otro. En ese instante me percaté de que mi blusa blanca estaba tan empapada que la tela se transparentaba y se podía averiguar todo lo que había debajo. Terriblemente avergonzada, dejé de hablar de repente y me crucé de brazos, tapando así lo que no quería que se viera más de la cuenta. Antonio, que percibió la incómoda situación, se volvió hacia ellos.

—¡Señores, a trabajar!

Se fueron los tres apresuradamente a seguir con sus tareas y Fermín salió del taller de prisa a bajar mi coche de la grúa. Entonces detrás de ellos apareció un personaje nuevo. Era un crío de unos veinte años, alto, delgado, con el pelo moreno corto y ligeramente alborotado, y unos ojos verdes que resaltaban del color de su tez. Tenía la cara manchada de grasa, a la par que su camiseta descosida. El chaval me miraba como hipnotizado, pero no en plan obsceno de la manera que lo hacía el resto, sino a los ojos, como si fuera la primera vez que veía a una mujer. Lucía un *piercing* de color plata en una de sus cejas y no llevaba mono de taller, sino un chándal viejo.

Por una puerta que había al fondo del local apareció la esposa de Antonio con una toalla.

—Vaya, ¡cómo se ha puesto! —exclamó—. Séquese, se va a quedar helada.

—Muchas gracias.

Cuando me volví, aquel chaval seguía observándome fijamente, así que le devolví espontáneamente una mirada de reproche. El chico, en respuesta, apartó sus ojos verdes de mí y metió la cabeza debajo del capó de un coche que parecía estar arreglando.

Una vez me hube secado un poco y tras haberme puesto la toalla por encima de los hombros en plan chal, tapando así la zona del pecho, Antonio

volvió a dirigirse a mí. Su mujer ya se había marchado por la misma puerta por la que apareció.

—Esta tarde tengo que tener un par de coches y arreglar el limpiaparabrisas de un camión, quizás mañana por la mañana le pueda echar un vistazo al tuyo, ¿vives por aquí?

—Vivo en Madrid, pero estaba de viaje, ¿no hay ninguna manera de que lo pudiera mirar hoy?, le pagaré más si es necesario.

—No, por favor, no tienes que pagarme más. —Antonio se quedó pensativo—. A ver..., prometí a los dueños de los dos coches que se los podrían llevar hoy y, en cuanto al camión..., tiene que salir mañana por la mañana.

Entonces, el chaval de los ojos verdes sacó la cabeza de debajo de aquel capó.

—¡Antonio! —le dijo mientras le hacía un gesto para que se acercase.

Hasta ese momento había tenido la sensación de que podría ser un chico haciendo prácticas de mecánico o incluso el hijo de Antonio. Me sorprendió descubrir tras aquella charla entre ambos que aquel nene en realidad era el dueño del camión. Pero entonces, ¿qué hacía trabajando en el motor de un coche?

Mientras conversaban, Fermín gritó desde fuera:

—¡Listo!

Se asomó, le lanzó las llaves de mi vehículo a uno de los empleados y a los pocos segundos se oyó el rugido de su grúa alejándose.

Antonio y el chico vinieron hacia mí.

—El muchacho te ha cedido su turno, así que le echaré un vistazo dentro de un rato, si te parece bien —dijo Antonio.

—No, por favor, no quiero entorpecer el trabajo de nadie. —Alcé la vista para mirar al chico a los ojos, sus pestañas rizadas bien podían ser objeto de envidia de cualquier mujer—. No te molestes, de verdad.

—No, no pasa nada, saldré mañana a medio día, voy con tiempo de sobra —respondió. Su voz era cálida y amable.

—Gracias —contesté aún impresionada por aquel gesto. Me dirigí a Antonio—: ¿Sobre qué hora estima que podrá decirme algo?

—En un par de horas, más o menos.

Me quedé pensando brevemente qué podía hacer durante ese tiempo. Lo cierto es que me encontraba incómoda y lo único que me apetecía era cambiarme de ropa. Por suerte para mí, ese día había planeado ir al gimnasio, pero como gracias a Carlos tuve que renunciar a la clase de *spinning*, tenía en el maletero del coche la bolsa de deporte con prendas

limpias y secas. Mi plan de viaje improvisado incluiría una visita a un centro comercial una vez hubiera llegado a mi destino, cuya localización exacta estaba por determinar. Hasta ese momento me podría apañar con la ropa deportiva. Pensé que lo mejor era buscar un alojamiento provisional donde me pudiera asear y cambiar, y así de paso decidir el lugar adonde iría a pasar un par de días. De pronto, la idea de tener dos horas en las que poder hacer eso no me pareció del todo mal.

—¿Saben si hay algún lugar para alojarse por aquí cerca? —pregunté.

—Aquí al lado hay un hostel —informó Antonio.

—Yo estoy alojado allí —dijo el chico del camión—, si quieres te acompaño y así, de paso, me tomo un café.

—Vale, te lo agradezco, tengo ganas de darme una ducha y ponerme algo seco. Voy al coche a por la bolsa de la ropa —contesté.

El empleado que había recogido las llaves de mi vehículo se acercó a mí tímidamente y me las entregó sin atreverse a pronunciar ni palabra.

—Ahora vuelvo y te echo una mano —le indicó el nene a Antonio.

—Llevaos un paraguas —ofreció el dueño del taller.

El chaval cogió una sudadera con el fin de ponérsela, entonces vio que estaba encogida debajo de la toalla que me había prestado la mujer de Antonio.

—Toma. —Me la ofreció.

—¿Y tú? No te vas a ir en manga corta, ¿no? —Le miré los brazos, eran largos y delgados.

—Tengo aquí un impermeable —me contestó.

—Gracias.

Le devolví a Antonio la toalla y me puse la sudadera encima. Era de color azul oscuro y tenía bordado en blanco el logo de la marca a la que pertenecía, muy conocida y publicitada. Como el nene era alto, la talla me quedaba enorme, así que las mangas me tapaban las manos. En cuanto me la puse, me invadió un agradable aroma a colonia masculina.

Salimos a la puerta del taller. El chico abrió el paraguas y nos dirigimos a mi coche para coger la bolsa de deporte del maletero. Después volví dentro para devolver a Antonio las llaves y nos fuimos en dirección al hostel. El sitio estaba a unos cien metros, una calle más abajo. Parecía el típico hostel de camioneros con un aparcamiento grande. Me quedé parada delante de la puerta.

—No te preocupes —me dijo—, es un sitio limpio y se come bien.

Entramos al recinto por la zona del bar restaurante. Sin detenernos a hacer más observaciones, nos acercamos a la barra.

—¿Qué pasa, chaval? —El camarero y el chico se saludaron afablemente.

—Antes he visto a tu hermano, ya me ha dado la noticia, ¡enhorabuena! ¿Qué tal todo? —le preguntó al hostelero.

—Como locos, tío, mira, tengo una foto aquí en el móvil. —El del bar, emocionado, nos enseñó la imagen de un bebé—. ¡Es que es preciosa!

—Sí, sí, qué maja —afirmó sin mucha efusividad.

—Bueno, cuéntame —dijo el camarero.

—Verás, esta mujer necesita una habitación.

—Qué va, tío, estamos completos. —Negó con la cabeza.

—¿No tienes nada? ¿Ni para un par de horas? —insistió.

—A estas horas ya no me queda nada, es fin de semana y estamos llenos.

El muchacho se quedó callado pensando un momento, luego se dirigió a mí.

—Vale, si quieres puedes usar mi habitación para ducharte y cambiarte, yo me tomo el café y voy a ayudar a Antonio, y a ver si con un poco de suerte tu coche está listo esta misma tarde.

—Bueno... —le contesté.

Le pidió la llave al camarero y extendió su mano hacia mí con ella.

—Toma, es la habitación 5, está en la primera planta a mano derecha.

El chaval no debió de verme muy convencida.

—Las toallas están limpias, aún no las he usado —añadió.

—Gracias —contesté cogiendo la llave.

Subí las escaleras deprisa y entré en la habitación. Era muy básica, pero confortable. Tenía dos camas pequeñas con sus edredones de color burdeos a juego con la cortina. Una de ellas estaba justo enfrente de la entrada, y la otra, al lado izquierdo de la primera y separada de ella como un metro, se hallaba próxima a una ventana. Por la parte exterior de cada una de las camas se encontraba una pequeña mesilla. Al fondo a la derecha, estaba la puerta que daba al baño. Por la decoración austera se percibía que la mayoría de los clientes eran camioneros.

El chico había dejado su bolsa negra de viaje sobre una silla junto a la ventana y en su respaldo había unos vaqueros y una camiseta negra de manga larga, ambos estirados. Dejé mis cosas a los pies de la cama que estaba más próxima a la puerta. Me quité la sudadera que me había dejado el chaval y la dejé estirada del revés sobre la colcha con la esperanza de que se secara un poco, ya que se había humedecido al estar en contacto con mi ropa. Cogí la muda seca, las zapatillas deportivas, un botecito de gel y el

desodorante de mi bolsa y entré al baño. Era también sencillo, pero estaba limpio. Había una toalla puesta en el lavabo, al lado de la cual había una pequeña pastilla de jabón sin estrenar, y otra perfectamente doblada sobre el toallero en la bañera. Me dispuse a darme una merecida ducha.

Mientras el agua templada me caía por la cabeza, pensaba en la frase que le había dicho el chico al camarero: «Esta mujer necesita una habitación». «Esta mujer...». En fin, soy una mujer, pero me sonó extraño, me hubiera parecido mejor si hubiese dicho: «Esta chica...». Aunque quizás para él yo resultaba un poco mayor para considerarme chica. ¿Qué edad tendría? ¿Veinte años? Mis treinta y cuatro seguramente le supondrían una diferencia considerable como para haberme pasado de la categoría de chica a mujer. Siempre que no pasara a la categoría de señora todo iba bien. ¡Cómo fastidia que te llamen señora! Es como si te dieran una patada en la espinilla. De todas formas, siempre he aparentado tener menos edad de la real, incluso en alguna ocasión algunas personas se han sorprendido al averiguar que tenía seis o siete años más de lo que pensaban, y lo achacaban a mi delgadez, decían que por eso parecía más joven. Claro que este chico me había visto con la ropa estropeada, el maquillaje destrozado y el pelo hecho un desastre. Si el pobre me había llamado mujer por llamarme algo. Por cierto, ¿qué iba a hacer con mi melena? Estaba acostumbrada a llevarla lisa, y sin utensilios para domarla, ni una triste espuma moldeadora, volvería a sus orígenes, es decir, al estilo ondulado salvaje. Mientras me cuestionaba el estilismo de mi cabello, cerré el grifo y me envolví con la toalla, que estaba suave y olía bien. Me vestí con las prendas deportivas y, a la vez que me pasaba el secador por el pelo, decidí que una coleta sería el peinado perfecto.

Tras secar un poco mi ropa y la sudadera del chico con el secador, limpié el barro de los zapatos antes de guardarlos, recogí mis bártulos y me eché un poquito de la colonia que llevaba en el bolso.

Salí de la habitación ataviada como si fuera a regentar una clase profesional de aeróbic, pero para suavizar el impacto visual de mi atuendo, metí el bolso dentro de mi bolsa negra de deporte y, como hacía fresco, me puse encima la sudadera antes de bajar al bar. Buscaba con la mirada al chaval cuando se dirigió a mí el camarero.

—Se ha ido al taller, me ha dado esto para ti. —Me entregó el paraguas.

—Gracias —le dije mientras le devolvía la llave de la habitación—. Aunque antes de irme me tomaré un café con leche.

—¡Marchando!

Me percaté de que vendían mapas de carretera y pedí uno junto con el café para pensar en mi destino mientras lo degustaba. Estaba decidida a seguir avanzando hacia el norte para cumplir mi deseo de divisar paisajes rocosos sobre el mar. Me parecía buena idea recorrer parte de la cornisa cantábrica. Así que abrí la bolsa de deporte y busqué en el bolso un bolígrafo que me permitiera marcar algunos sitios que me parecían interesantes sobre el mapa, pero con lo primero que me topé fue con las encuestas que me había dado aquella psicóloga con la que me crucé al salir de la oficina. Saqué una de ellas y volví a leer la primera pregunta:

*1. ¿Eres feliz?*

Volvieron a aparecer en mi cabeza las imágenes de Carlos y yo discutiendo, mis fines de semana sola en casa y, como una película, se sucedían en mi mente un sinfín de escenas parecidas hasta llegar a la más reciente, la que estaba viviendo en ese momento, la de mi viaje en busca de una libertad temporal, frustrado por una avería en el coche. Eché un vistazo general a toda la encuesta, eran diez preguntas. Palpé el boli dentro del bolso y, tras sacarlo, puse debajo de la primera pregunta con letras mayúsculas:

NO.

Iba a coger el mapa para marcar mi destino, pero no pude evitar leer la segunda pregunta:

*2. ¿Cuándo fue la última vez que soltaste una carcajada?*

Me quedé pensando. Lo cierto es que no me acordaba, lo que me pareció bastante serio. Desde luego aquella semana no. Pensaba pasar a la siguiente pregunta, pero la psicóloga me dijo que había que contestar antes de hacerlo, así que decidí meditar sobre ese tema de camino al taller. Guardé todo y salí a la calle con el fin de averiguar algo sobre el estado de mi coche. Iba a abrir el paraguas que me había dejado el muchacho, cuando me di cuenta de que ya no llovía. Respiré profundamente para percibir el delicioso olor a campo y a tierra mojada. Sonreí embelesada por aquella agradable fragancia mientras acortaba la distancia que me separaba de mi medio de transporte.





### III. CUERPO DE MUJER

Era una tarde calurosa de julio y el sol reinaba sobre el cielo azul, color que se reflejaba en las tranquilas olas del mar. Sara y Rocío estaban estirando sus toallas sobre una roca escondida y lo suficientemente grande como para que las dos pudieran estar cómodas. Habían decidido que ese era el lugar perfecto para broncearse sin que nadie más pudiera verlas, querían lucir sus hombros morenos sin marcas delante de los chicos que les gustaban.

—¿Estás segura de que aquí no pueden vernos? —preguntaba Sara.

—Segurísima, niña.

Rocío vivía en aquel pueblo marítimo donde Sara veraneaba cada año, lo que había implicado que poco a poco se convirtieran en las mejores amigas. Ambas tenían diecisiete años y un interés común: llamar la atención de sus grandes amores. Pero aquello no resultaba una tarea fácil, ya que los susodichos eran altos, guapos y ¡mayores que ellas! A Sara le gustaba Raúl, un morenazo de veinticuatro años, de pelo y ojos negros, piel bronceada y un cuerpazo que quitaba el hipo. Y a Rocío le volvía loca Andrés, el primo de veintitrés años de Raúl, también guapísimo, de pelo moreno, ojos azules y una figura atlética que atraía la mirada de todas las mujeres con las que se cruzaba por la playa.

Rocío y Sara sabían que aquellos chicos eran un objetivo difícil de alcanzar, pero querían intentarlo, al fin y al cabo, ellas no estaban nada mal. Las dos eran muy atractivas, cada una a su estilo. Rocío era la típica andaluza, morena, de pelo rizado y ojos oscuros. No era muy alta, apenas llegaba al metro sesenta de estatura, pero sus curvas eran bastante prominentes y era muy guapa. Sara, en cambio, era un poco más alta que su amiga y, aunque su cuerpo no era tan exuberante, tenía una figura muy bonita. Sus rasgos eran más claros y su pelo castaño lucía algunos reflejos dorados que el sol había puesto en él de manera aleatoria. Pero lo más llamativo de Sara eran sus ojos grandes y expresivos de un color indeterminado que variaba de una estación a otra del año, jugueteando con una mezcla de diferentes tonos que se paseaban entre azul, verde y miel, y bordeados por unas pestañas larguísimas.

—¿Preparada? —le decía Rocío a su amiga.

—Me da vergüenza, tía, ¿y si viene alguien?

—Tranquila, ya te he dicho que con la orientación que tiene esta roca es imposible que nadie nos vea.

Sara no la miraba muy convencida y aún permanecía con la camiseta blanca que hacía las veces de vestido puesta encima del bikini. Rocío ya se había quitado la suya y estaba sentada en traje de baño sobre la toalla.

—Venga, quítate la camiseta y a la de tres.

Sara permanecía dudosa, pero ante el gesto insistente de su amiga, se la sacó por la cabeza. Ambas se agarraron los broches de la parte de arriba del bikini para quedarse paradas mirándose.

—Una, dos y... ¡tres!

Se quitaron la parte superior del traje de baño y soltaron una sonora carcajada.

—Qué blancas están —decía Rocío.

—¿Y qué quieres? Si no han visto el sol en su vida.

Las dos volvieron a reír y empezaron a imaginar en voz alta lo felices que serían al lado de los chicos de sus sueños.

A los pocos instantes percibieron un sonido que les resultaba familiar.

—¡No! ¿Cómo se han enterado? —protestaba Rocío.

Se miraban sorprendidas mientras de fondo escuchaban un coro de voces masculinas desgañitándose cantando *You could be mine* de Guns N' Roses, pero en una versión nueva que también incluía eructos como acompañamiento.

—¡Eh! ¡Sabemos que estáis ahí! ¡Os hemos visto! —gritaba uno de los del coro.

Sara se cruzó los brazos por delante del pecho a la vez que ponía un gesto de pánico.

—No te preocupes —la tranquilizaba su amiga—, desde donde están no pueden vernos.

—¡Estamos llegando! —Las voces se escuchaban cada vez más cerca, al igual que las carcajadas que las acompañaban.

—¡Serán cabrones! ¡Es que no nos pueden dejar tranquilas ni un momento! —exclamó Rocío.

—¡Eh! ¡Están en tetas! Ja, ja, ja, ja... —gritaba otro.

Las dos se mostraron nerviosas ante el comentario y cogieron de prisa las camisetas para ponérselas por encima sin haberse vestido antes con la parte superior del bikini, no había tiempo para eso.

—¿Tú crees que nos han visto? —preguntaba Sara mientras se levantaba para colocarse bien la ropa.

—Seguro que no, lo que creo es que nos han oído mientras planeábamos venir aquí.

No había terminado la frase cuando delante de ellas aparecieron tres chicos. Eran Pedro, Álvaro y Pablo, todos de su panda, de la misma edad que ellas, pero claro, al lado de Raúl y Andrés resultaban unos auténticos niños.

—¡Oye, pero no os tapéis! —decía Álvaro.

—Estas cosas se avisan, ¿eh? —se carcajeaba Pedro.

—Eso, eso... Además, ¿de qué estabais hablando? ¿De esos chicos que os gustan tanto? —preguntaba Pablo de manera burlona.

—¿Y a ti qué te importa? —le respondió Sara mientras le miraba con sus ojazos desafiantes.

Entonces se acercó a ella y, sin decir nada más, le dio un empujón lanzándola al agua.

—¡Eres un gilipollas, Pablo! —exclamó Sara en tono rabioso cuando salió de debajo de la ola que la había arrastrado.

Casi al mismo tiempo, Álvaro resbaló y se cayó de culo en la roca ante la carcajada de sus amigos, incluida la de Rocío, que no podía parar de reír escandalosamente. Sara se dio cuenta dentro del agua de que su camiseta blanca, ahora mojada, se transparentaba de arriba abajo y, tras insultar a los chicos, se fue muy enfadada nadando hacia una zona donde pudiera salir sin ser vista. Se aproximó a una pequeña cala de arena de difícil acceso, donde nunca había gente porque estaba alejada de la playa principal y para llegar hasta ella había que atravesar varias zonas rocosas. Salió lentamente del mar con el fin de dirigirse a otra zona de rocas contigua y solitaria donde poder secarse.

Sara estaba aliviada, por lo menos nadie la había visto de esa guisa..., o eso pensaba ella. Escondido detrás de una roca, había un niño de unos siete años mirándola alucinado, era la primera vez que veía a una mujer semidesnuda. La observaba sin pestañear, impresionado con las curvas que se trazaban en su piel y que se transparentaban totalmente a través de la ropa. Estaba completamente anonadado cuando una mano le agarró de la oreja. El niño puso gesto de dolor, pero no soltó ni un quejido.

—¿Otra vez espiando? —le decía el propietario de la mano, que era un chico de los mayores al que el niño y su amigo estaban vigilando por el simple hecho de querer parecerse a él. Ese chico, que tenía aquella impresionante moto, estaba pescando y lo hubiera seguido haciendo si no hubiese escuchado unos gritos y unas risas. Al intentar averiguar de dónde provenían, casualmente descubrió a los pequeños tras la roca escondidos. Lo normal cuando eso ocurría era que los niños salieran corriendo, como había sucedido otras veces, pero en esa ocasión solo se fue uno de ellos,

dejando al otro allí, obnubilado como estaba por la imagen femenina que tenía delante. El joven, que aún tenía agarrado al niño de la oreja, se dio cuenta de que el pequeño estaba demasiado ensimismado como para hacerle caso y se volvió para averiguar la razón. Entonces la vio. Y se quedó como ido.

La conocía, pero estaba tan cambiada... A la par que el niño, se quedó impresionado al descubrirla de aquella manera. Recordaba cuando se encontraron frente a frente unos años atrás. Fue en una ocasión en la que se acercó junto con otro amigo hasta un barquito viejo que había sobre la arena de la playa. Querían gastarle una broma a uno de su panda, ya que se habían enterado de que iba a ir a ese lugar a liarse con su novia. Entraron en la embarcación y, al poco tiempo, escucharon los gritos de un hombre muy enfadado. Era el dueño del barco, que, aunque ya no lo utilizaba, no veía con buenos ojos que subiese a bordo ningún polizón. Aunque salieron corriendo, a su amigo no le dio tiempo a esquivar a aquel señor, que le echó una bronca monumental. Él tuvo más suerte y pudo esconderse detrás de la puerta de entrada, que estaba permanentemente abierta. Aunque allí le esperaba una sorpresa...: ella. También estaba escondida, quizás porque estaba jugando con sus amigos. Cuando la encontró allí, le tapó la boca con una mano para que no gritara y le descubriera, y con la otra la cogió por la cintura por acto reflejo y para que cupieran los dos en aquel escondite. Le costó averiguar quién era, entonces ella tenía trece años y había cambiado mucho respecto al año anterior. Había pasado de ser una niña a convertirse en una mujercita. Sus cuerpos estuvieron pegados durante un rato y los ojos de ella le miraban asustados, hasta que él aflojó la fuerza con la que le tapaba la boca y su gesto se relajó. Estaba tan guapa..., pero era demasiado joven para él.

—¡Raúl! ¿Dónde estás, tío? ¡Ya se ha ido! —le gritaba su amigo desde fuera.

Entonces él la soltó poco a poco, la miró a los ojos tres segundos más y salió corriendo sin decir nada. No supo jamás que ella estaba enamorada de él desde aquel día.

Y allí estaba la misma chica delante de sus ojos; no había vuelto a fijarse en ella desde entonces, era muy niña, pero en esa ocasión la vio de forma diferente, ya era toda una mujer. ¡Y qué mujer! En ese momento maldijo en su mente, él tenía novia desde hacía casi un año. «Es demasiado joven», se dijo para consolarse. Después se volvió hacia el niño, al que aún tenía agarrado por la oreja.

—Deja ya de mirarla, es muy mayor para ti —le reprendió.

Le soltó y el crío salió corriendo llevándose aquella imagen grabada en su memoria.



#### 4. UNA DE CAMIONEROS

Habían pasado casi dos horas desde que Antonio me había asegurado que revisaría mi coche y estaba empezando a oscurecer cuando me dirigía hacia el taller. En esa ocasión, la ausencia de lluvia me permitió disfrutar del paseo y fijarme un poco más en las casas que había por el camino. Sus fachadas estaban adornadas de piedra y la mayoría poseía una maravillosa vegetación en sus jardines, así como en sus balcones y terrazas. Era un pueblo muy bonito y ni siquiera era capaz de recordar su nombre.

Estaba llegando a mi destino cuando descubrí que mi vehículo no estaba aparcado fuera, donde lo había dejado Fermín. Solo tuve que caminar unos pasos más para comprobar que se encontraba en el interior del establecimiento con el capó abierto, pero sin nadie a su vera. Antonio estaba hablando con una pareja de mediana edad que parecía un matrimonio recogiendo un coche. Los dos mecánicos estaban trabajando en otro, el amigo de ellos ya no estaba, y el chico que me había prestado la sudadera y la habitación no aparecía.

Mientras esperaba, pensaba en la respuesta a la segunda pregunta de la encuesta. Aquella semana no había tenido ninguna razón para reírme, ni tampoco ese mes. Me remonté a agosto, cuando estuve de vacaciones. Aunque, en realidad, Carlos me había hecho volver quince días antes de lo estipulado para adelantar trabajo y solo había tenido libre la mitad del mes, que aproveché para pintar mi nuevo apartamento. Pensaba haberme ido de viaje durante la segunda quincena, pero no pudo ser. Era su manera de hacerme pagar que no le hubiese acompañado a Viena. ¿Tampoco aquel mes había tenido motivos para reír? ¡Ah, sí! Recordé un día en que mis amigas me sacaron de las habitaciones decoradas con muebles tapados por sábanas y paredes llenas de pruebas de pinturas de colores de mi morada y me arrastraron, literalmente, a la piscina. Rememoraba la escena en la que mi amiga Nuria se paseaba observando fijamente al socorrista, cautivada por sus músculos, mientras aquel bombón le devolvía la mirada acompañada de una sonrisa. Por esta poderosa causa mi amiga disponía en aquel momento de una «visión túnel» que le impedía ver otra cosa que no fueran los pectorales de aquel maromo. Y dentro de los objetos que estaban fuera de su campo de visión también se encontraban otros pectorales, eso sí, un poco más peludos y flácidos, donde la pobre estampó su cucurucho de helado. Aquello fue un motivo más que justificado por el cual mi amiga Elena y yo estuvimos toda la tarde envueltas en una carcajada continua,



pero no solo por ese incidente en sí, sino porque para echar más sal al asunto, el socorrista macizo lo presencié todo. Jamás olvidaré la cara de mi amiga Nuria cuando le pedía perdón a aquel señor cincuentón mientras le limpiaba el helado que se había pegado en los pelos de su pecho ibérico con una servilleta de papel. No pude evitar sonreír al recordarlo. Bueno, ya tenía respuesta a la segunda pregunta, aunque para encontrarla había tenido que remontarme dos meses atrás.

Llevaba más de cinco minutos esperando inmersa en mis pensamientos, sin que nadie me prestara atención, cuando el chico apareció por una puerta del fondo del taller.

—Hola —me dijo—, ¿mejor ahora?

Le vi más alto. Claro que era porque me había quitado los tacones. Me sacaba una cabeza de altura y mido poco menos de metro setenta.

—Mucho mejor, gracias. —Le miré a los ojos, a esos increíbles ojos verdes, mientras le devolvía el paraguas—. ¿Sabéis algo de mi coche?

—Que te cuente ahora Antonio, yo solo soy un aficionado.

—Pensaba que tú también eras mecánico.

—¡Qué va!, lo que pasa es que me gusta el tema y como él es amigo me deja enredar, ¿verdad, Antonio? —El chico se dirigió al dueño del taller, que se acababa de despedir de sus clientes.

—Es un fenómeno, cualquier día le meto en nómina.

Ambos rieron. El chaval le devolvió el paraguas a Antonio y este último se dirigió a mí.

—Aún me quedan por mirar algunas cosillas de tu coche, pero por lo que he visto... —A partir de ese momento empezó a hablar en un lenguaje técnico totalmente desconocido para mis fatigadas neuronas, mientras se apoyaba en el paraguas.

Miré al chico con cara de circunstancia.

—Lo que Antonio te quiere decir es que a tu coche se le ha desprendido una pieza, seguramente porque quien hizo la revisión no la ajustó bien —me socorrió.

—Eso es —corroboró Antonio—. La reparación no es complicada, lo que ocurre es que no tengo esta pieza hasta mañana —continuó mientras golpeteaba con el paraguas en el suelo.

—¡No puede ser! —exclamé.

—Lo siento mucho, de verdad, pero no puedo hacer nada más hasta que no me la traigan. Eso sí, la he pedido con urgencia y mañana a primera hora estará aquí —me intentó tranquilizar Antonio.

—¿No se puede hacer nada más? —pregunté.

—Hoy ya no, mira la hora que es —dijo el mecánico.

Me fijé en un reloj que había colgado en la pared, marcaba las ocho y diez.

—¿Y qué hago yo ahora?

—Busca un alojamiento hasta mañana, es que no hay otra solución —me propuso Antonio mientras colgaba el paraguas del pomo de la puerta de su pequeña oficina. Después cogió un bolígrafo y una libreta—. Déjame tu teléfono y yo te llamo cuando esté arreglado.

Le dicté mi número, aún contrariada por la noticia.

—¿Qué voy a hacer? —me dirigí al chico—. No hay habitaciones en el hostel.

—No te preocupes, ahora te ayudo a buscar una —me respondió.

El chaval se despidió de los mecánicos y cuando ya salíamos por la puerta Antonio me reclamó.

—¡Perdona! No me has dicho tu nombre..., para dirigirme a ti cuando te llame por teléfono.

Ahora venía lo gracioso.

—Sharon —respondí.

—¿Cómo? —Antonio levantó la cabeza del papel donde lo iba a apuntar.

Los dos mecánicos y el nene se me quedaron mirando con curiosidad.

—Espere, se lo deletreo: ese, hache, a, erre, o, ene.

Antonio lo anotó.

—Perdona, hija, es que no te había entendido.

—No se preocupe, Antonio, estoy acostumbrada.

El chico y yo salimos del taller y caminamos calle abajo en dirección al hostel. Ya había anochecido.

—¿Sharon? —me preguntó—. ¿Eres española?

—Más que el toro de Osborne. El hecho de llamarme así se lo debo a que mis padres estuvieron viviendo un año en Inglaterra nada más casarse por el trabajo de mi padre. Se ve que el nombre les gustó y yo pagué las consecuencias de aquello. Sharon García Arenas, suena raro, ¿verdad?

El chaval me miraba atentamente mientras le contaba esa historia.

—¿Y hay algún otro alojamiento por aquí? —cuestioné siguiendo con mi preocupación.

—Solo el hostel.

—¡Madre mía! ¿Y dónde voy a dormir?

—En el hostel.

—¡Pero si no hay habitaciones!

—No te preocupes, te cedo la mía.

—¿Y tú? ¿Dónde vas a dormir? ¿En casa de Antonio? —indagué.

—¡Huy, qué va! Bastante tienen los pobres con sus cinco hijos.

—¡Cinco hijos!

El chico asintió.

Nos quedamos callados durante unos segundos.

—Aún no sé cómo te llamas —rompí el silencio.

—Alejandro o Álex, como prefieras.

—Aaahhh..., como la canción de Lady Gaga.

El chico meneó la cabeza, no le hizo mucha gracia mi comentario.

—Bueno, la verdad es que ya estoy un poco harto de la cancioncita —contestó fastidiado.

Me quedé cortada con la respuesta, así que decidí no seguir hablando para no meter más la pata.

—Y no te digo nada mis amigos Fernando y Roberto —continuó.

—Estás de coña, ¿no?

Ya estábamos llegando al hostel.

—Mira —me dijo Alejandro—, ese es mi camión.

En ningún momento de la tarde me había planteado la presencia del camión del chico, ni el hecho de no haber visto ninguno aparcado junto al taller, pese a que estaba esperando una reparación.

—¿Cuál? ¿Ese blanco? —Le señalé un camioncito que había al lado de la entrada.

—No, es el que está detrás.

—¿Ese de los nombres pintados? —aventuré con un camión mediano.

—No, el gris.

—¿El tráiler? —dije impresionada. No me imaginaba su cara de nene al volante de aquel enorme vehículo, me parecía demasiado para él.

—Sí, el que está a la derecha —aclaró. Había aparcados otros dos parecidos al lado.

—¿Y cómo vas a meterlo en el taller? —pregunté como si fuera una niña pequeña.

—No, hombre, vendrá Antonio a arreglar el limpiaparabrisas aquí.

—Aaahhh... —contesté. No le pregunté dónde se iba a subir para poder llegar a ese cristal tan alto porque aquello empezaba a parecerse a un capítulo de *Barrio Sésamo*.

—Ahí voy a dormir —afirmó.

—¿En el tráiler?

—Sí, tiene una cama en la cabina.

—Pero... —No pude terminar la frase.

—Lo único que te pido es que me dejes darme una ducha y cambiarme de ropa en la habitación antes de dejártela —me interrumpió.

—Claro...

Entonces entramos dentro del bar del hostel. Yo, aún cargada con la bolsa de deporte, me senté junto a una de las mesas mientras Álex pedía la llave de la habitación. El camarero se metió por una puerta y volvió a aparecer con unas toallas limpias que le entregó al chico.

—No tardo nada —me dijo.

Le pedí al de la barra una botella de agua, que bebí lentamente mientras asimilaba aquella situación. En la tele estaban echando un concurso y en una mesa próxima había dos hombres, que parecían camioneros, intentando acertar las respuestas sin mucho éxito.

Yo no sabía cómo reaccionar. Un nene al que acababa de conocer me había cedido su turno en el taller, su sudadera, que aún llevaba puesta, y ahora su habitación, teniendo él que resignarse a dormir en la cama de un tráiler, en la cual me preguntaba cómo iba a caber con lo largo que era. Ese niño estaba empezando a despertarme una cierta ternura, era un auténtico cielo, pero no podía evitar a la vez sentirme mal, ya que por mi culpa había retrasado su viaje de trabajo y además esa noche iba a tener ciertas incomodidades por no descansar en una habitación en condiciones. Y, por muy tranquilo que pareciera el aparcamiento, no dejaba de estar más desprotegido que dentro del edificio del hostel. Meditaba aquello a la vez que sacaba la encuesta de mi bolso para responder a la segunda pregunta:

*2. ¿Cuándo fue la última vez que soltaste una carcajada?*

Puse debajo:

*Hace dos meses.*

Lo leí después de escribirlo. ¡Dos meses! Me pareció demasiado tiempo sin reír. Tenía que ponerle solución, pero antes de pensar cómo, decidí seguir respondiendo preguntas. La tercera decía:

*3. Define tu meta en la vida en una sola palabra.*

Aquello me hizo pensar, ¿una meta? Bueno, se podría decir que una tiene muchas metas a lo largo de su existencia. Quería tener una vida más

tranquila, pero a la vez ser reconocida en mi trabajo, aunque también deseaba más tiempo libre. Me di cuenta de que mis respuestas eran totalmente contradictorias, no era posible ser más reconocida en mi trabajo si tenía más tiempo libre, ya que para lograrlo tendría que dedicar aún más horas a los asuntos laborales. ¿Cómo iba a resumir todo eso en una palabra? Mientras me lo cuestionaba, Álex apareció por la puerta que comunicaba con la zona de habitaciones, habían pasado unos veinte minutos desde que había subido a ducharse. Un cosquilleo me subió por el estómago. Tenía puestos los vaqueros y la camiseta negra de manga larga que había visto sobre la silla, llevaba el pelo engominado hacia arriba y portaba en la mano su bolsa de viaje.

—Ya estoy listo, cuando quieras puedes subir tus cosas.

Me entregó la llave. Olía de maravilla. En ese momento me pareció un poco más mayor, pero, aun así, estimaba que debía tener unos diez o doce años menos que yo. Le miré a los ojos y casi me caigo de culo. Sin la cara llena de grasa y peinado era guapo a rabiar, aunque aún estaba «poco hecho», tan alto y delgado. Empezaba a sentirme tentada de preguntarle si tenía algún hermano mayor cuando cogí la llave de su mano.

Al entrar en la habitación me quedé alucinada, el baño estaba impoluto. Si no hubiera sido porque todavía se notaba el calor causado por la ducha del chico, parecía que por allí no hubiese pasado nadie. Me invadió de nuevo una sensación de ternura tremenda y entonces vi las dos camitas. Una idea se paseaba por mi mente. «Oh, oh». Dentro de mí se activó una alarma. ¿Tendría esa idea para hacer un favor desinteresado al chico? ¿O...? «Mejor no acabes esa frase —me dije a mí misma—, eso no puede ser».

Dejé mis cosas y, cuando cerré la puerta tras de mí, pensé: «Tengo que hacer ese favor desinteresado al chico».

Bajé las escaleras pensando en lo que estaba a punto de decirle a Álex. Cuando llegué al bar, vi que no estaba y pensé que quizás se habría ido al camión a llevar su bolsa, así que salí a la calle. Acerté. Le vi abriendo la puerta del lado del conductor del tráiler.

—¡Álex! —le llamé antes de que se subiera a la cabina.

Me acerqué hasta el camión y al pasar por delante me impresionó. El chico tenía un buen Volvo. Para tranquilidad de los malpensados aclaro que Volvo era la marca del tráiler. Alejandro se paró hasta que llegué. Cuando estuve de nuevo frente a él me volvió a dar otro cosquilleo en el estómago.

—Oye, yo te quería decir —dije con un hilo de voz— que no hace falta que duermas en el camión. En fin, en la habitación hay dos camas y yo me voy a ir pronto a dormir, así que no te voy a molestar mucho.

—No sé, el que no quiere molestar soy yo.

—No voy a quedarme con la habitación si tú tienes que dormir en un camión. Bastante has hecho ya con cederme el turno en el taller. Y bueno, es una tontería, ¿no?, solo van a ser unas horas.

Alejandro se quedó pensativo. Me parecía que le daba un poco de vergüenza. A lo mejor le estaba pareciendo que yo iba en plan loba, al fin y al cabo, casi no nos conocíamos.

—No pienses nada raro —continué—, es que no me sentiría bien acaparando la habitación de otra persona, si va a ser así, la que se va soy yo.

—No, hombre —contestó—. Es que no quiero que pienses...

—Yo no voy a pensar nada —le interrumpí—, solo somos dos personas que han tenido un contratiempo y vamos a solucionarlo de la manera más cómoda. Somos adultos, ¿no?

Se quedó callado, como dolido. Creo que al decir lo de «somos adultos» le hice sentir como un crío a mi lado. Cuando vi su gesto, tuve ganas de abrazarle en plan madre.

—Mañana tienes que conducir muchas horas, ¿no? —seguí—, y no creo que aquí vayas a descansar mucho, con lo alto que eres no creo ni que quepas bien.

—No te creas, la cama no es tan pequeña. Hombre, no es la habitación de un hotel.

—Pues ya está, no hagamos un mundo de esto, es una tontería. ¿Qué me dices?

—Mirándolo por ese lado...

—Venga, coge tus cosas y vuelve a la habitación, no te vas a enterar de que estoy allí, para mí ha sido un día agotador y estoy rendida, me voy a quedar dormida en cuanto entre por la puerta. —Le miré y sonreí.

Álex se me quedó mirando dudoso unos segundos. Después al trasluz pude entrever una sonrisa preciosa. Cogió su bolsa, que había apoyado en el suelo, y cerró la puerta del camión. Nos dirigimos otra vez hacia el interior del hostel. Antes de entrar le dije:

—Oye, casi me he apropiado de tu sudadera y a lo mejor tienes frío.

—No, no te preocupes, además tengo una cazadora aquí —me contestó señalando la bolsa.

—Bueno, mañana a primera hora me acercaré a comprarme algo de ropa y te la devuelvo, ¿hay alguna tienda por aquí?

—Sí, en la plaza tienes un par de ellas, una de ropa de señora, ya sabes..., mayor, y la otra es de vaqueros, pero tienen más cosas así juveniles. Tú eliges. —Me miró de reojo con cara de niño travieso. Le devolví la mirada con cara de fastidio.

—Hombre, no tienes cara de llevar las bragas de cuello alto —prosiguió—, así que te recomiendo mejor la tienda vaquera.

Me quedé con la boca abierta sin saber qué contestar a aquello y en ese momento me percaté de un pequeño gran detalle.

—¡Anda! —exclamé.

Salvo la indumentaria de la hija de Eva Nasarre y el traje de abogada en apuros hecho un desastre, no tenía nada más que ponerme. ¿Cómo iba a dormir?

—¿Qué te pasa? —me preguntó. Nos encontrábamos ya dentro del bar.

—¿No tendrás algo que prestarme para dormir? Es que no tengo pijama.

—Te puedo dejar una camiseta.

—¡Gracias! Te prometo que mañana te compro otra para que tengas ropa limpia que ponerte.

—Mientras que no me la compres en la tienda de las señoras... —dijo en tono risueño.

—No te prometo nada.

Ambos reímos.

—No te preocupes, no hace falta, siempre llevo alguna camiseta de más —afirmó.

Nos detuvimos delante de la puerta de entrada a la zona de habitaciones.

—Voy a subir mis cosas —me dijo.

Se quedó parado mirándome, como esperando algo. Yo le observaba extrañada.

—¿Me dejas la llave? —Señaló mi mano.

—Ah, sí, perdona, ¡qué tonta!

Alargué el brazo y se la entregué, tenía la mano calentita.

—Gracias —me sonrió.

—A ti —le contesté tan entera.

Cuando se dio media vuelta para subir a la habitación me quedé como ida. Una oleada de sensaciones comenzaba a invadirme. Por un lado, tenía delante de mí a un chico guapo, atento, encantador..., por otro, tenía enfrente de mí a un crío de veinte años. De cualquier forma, solo iba a

coincidir con él esa noche; al día siguiente, una vez arreglado el coche, comenzaría mi viaje a un lugar donde poder aclararme las ideas.

Mientras pensaba de nuevo en mi destino empecé a sentir hambre. Me acerqué a la barra, donde ahora había dos camareros, y le pregunté a uno de ellos si tenían algún menú para cenar. Entre tanto, Álex, que ya había bajado de la habitación, vino hacia mí.

—Claro que sí —dijo el amigo del chico—. Tenemos platos combinados, bocadillos, raciones... Sentaos en una mesa y ahora mismo estoy con vosotros.

—Gracias, Juanito —le contestó Álex para después dirigirse a mí—. ¿Dónde quieres?

—Da igual. Ahí mismo. —Señalé una de las mesas más próximas.

Serían las nueve y pico de la noche y el bar estaba un poco más lleno. La mayoría de los clientes eran hombres, deduje que camioneros, pero entre el público también se encontraban algunas mujeres, casi todas de mediana edad, acompañadas de quienes parecían ser sus maridos. Para completar el ambiente, en el fondo de la barra había un grupo de chicos y chicas jóvenes que comenzaban a celebrar su fin de semana.

—Aquí tenéis. —El camarero nos dejó una carta a cada uno.

—Gracias —contestamos al unísono.

Nos pusimos a mirar las distintas opciones, callados.

—Ya sé lo que voy a pedir, ¿y tú? —me preguntó Álex.

Yo no lo tenía muy claro, estaba acostumbrada a cenas ligeras y un bocadillo a esas horas se me hacía cuesta arriba. Los platos combinados eran demasiado abundantes, así que me decanté por una ensalada.

—A ver... Sí, ya está.

Álex levantó la mano para llamar la atención del camarero, que vino libreta en mano.

—Decidme, chavales.

Alejandro me miró, aguardando a que yo pidiera.

—Yo quiero la ensalada mixta.

—¿Sííí? —anotó.

Ambos me observaban expectantes.

—¿Y qué más? —cuestionó el del bar.

—Ya está.

—¿Solo vas a cenar eso? —Alejandro se sorprendió.

—Querrá mantener la línea —intervino el camarero.

Álex meneó la cabeza.

—¡Mujeres! A mí me vas a poner el número dos.



—¿Y de beber? —preguntó el tal Juanito.

De nuevo me miraron los dos.

—Yo quiero agua.

—Yo, una Coca-Cola —pidió Álex.

—¡Marchando! —El camarero se fue hacia la barra.

—Comes poco, ¿no? —me dijo el nene.

—No, pero estoy acostumbrada a cenar ligero.

—Pues eso, que comes poco.

Mientras esperábamos había un silencio un poco tenso, así que, para romper el hielo, empecé a hablar.

—¿Y de dónde eres?

—¿Yo?, de Madrid —afirmó.

—Pero vienes mucho por aquí, ¿no?, veo que mucha gente te conoce.

—Sí, bueno, antes más que ahora. Cuando era pequeño, mi padre trabajaba con el camión por esta zona y muchas veces le acompañaba. En esa época hizo varios amigos por aquí y a veces nos pasamos a saludarlos o a que nos hagan un favor, como a mí hoy con el limpiaparabrisas.

—¿Y hacia dónde llevas el camión?

—Voy al norte a por mercancía, transporte ropa.

—Aaahhh...

Nos quedamos otra vez callados y me parecía un poco violento seguir haciendo preguntas. Poco después sonó el móvil de Álex.

—¿Sí? —contestó—. Hola... Bien... Sí...

Se levantó de la mesa y se fue a un rincón a hablar. Pensé que quizás se tratase de su novia y le incomodase hablar delante de mí.

Puse la cabeza entre las manos analizando mi día. Muchas veces había tenido la tentación de irme con el coche sin rumbo fijo, pero jamás hubiera imaginado que esa aventura terminase de aquella manera. Me sentía un poco ridícula. ¿Qué hacía yo compartiendo habitación con aquel crío? No creía que eso formase parte del camino que conducía a mis metas (aquellas que tenía que transformar en una sola). Lo peor era que por un momento había sentido un cosquilleo por él, ¿tan desesperada estaba? Me retiré de la cara los mechones de pelo que se habían escapado de la coleta y, cuando miré al frente, Álex estaba otra vez delante, ya había terminado de hablar por teléfono.

—¿Bien? —me preguntó.

—Sí, es que estoy cansada.

El camarero nos trajo la cena y la degustamos mientras veíamos el telediario sin hacer muchos comentarios. Al terminar nos pedimos unos

cafés que Alejandro fue a buscar a la barra. Cuando volvía a la mesa con un vaso en cada mano, se le acercaron dos hombres de unos cuarenta y tantos años.

—¿Qué pasa, chavalote? —le dijo uno de ellos.

El chico dejó los cafés sobre la mesa.

—¡Hombre! —respondió él—. ¿Qué tal, tío? —Los saludó con un abrazo—. Aquí, terminando de cenar.

—Nosotros vamos a ello —prosiguió el otro hombre.

—Ahora os veo —les contestó.

Se fueron hacia la barra y Alejandro me miró con esos increíbles ojos verdes, sonriendo.

—Son unos compañeros, buena gente —afirmó.

Estaba cansada y tenía ganas de estar sola, así que me terminé el café y me dirigí hacia él.

—Me voy a dormir, que estoy agotada. Te dejo aquí con tus amigos.

—Que descanses —me deseó con una sonrisa.

—Hasta mañana —le correspondí con otra.

Me levanté de la mesa y me acerqué a la barra a preguntar lo que se debía por la cena.

—Ya está pagada —me informó el camarero.

—¿Cómo?

El hostelero me señaló a Álex con la cabeza. Iba a acercarme a decirle algo, pero vi que se aproximaba con su café a hablar con los dos camioneros que le habían saludado y pensé que al día siguiente arreglaríamos cuentas. Pasé junto a ellos, ya que estaban junto a la salida que separaba el bar de la zona de habitaciones, y saludé a Álex con la mano. Nada más cruzar la puerta llegó a mis oídos un comentario que no pude ignorar.

—¿Qué pasa, tío? ¿Quién es esa Barbie que te has buscado? —le preguntaban sus amigos de manera poco discreta.

Me paré detrás de la puerta entreabierta a escuchar cómo continuaba la conversación.

—No, es una mujer que se ha quedado tirada con el coche —les aclaró Álex.

—¡Andaaaaa! ¡Qué cabrón eres! —le contestaban en plan jocosos.

Entonces Alejandro les dijo algo que no escuché.

—¿Qué pasa? ¿No es tu tipo? Pues está buena, ¿no? ¿Qué viene, del gimnasio de hacer zumba de ese? —continuaban con la juerga.

—¡Qué cabrones sois! —reía el chico.

Un hombre bajaba por las escaleras, así que decidí continuar hacia la habitación antes de que me catalogara de cotilla. Subí a la primera planta y una vez delante de la puerta me di cuenta de que no podía entrar porque Álex se había quedado con la llave.

—¡Joder! —protesté en voz alta.

Pensaba que tendría que salir ahí delante de los camioneros y pedirle la llave vestida de Barbie gimnasta. Suspiré y pensé: «Tendré que ponerme a su altura, con dos cojones, o, en este caso, con dos ovarios». Bajé las escaleras, crucé el umbral de la puerta y me dirigí hacia ellos muy decidida. Me paré delante de los cuatro (se había unido otro hombre a la reunión) y me los quedé mirando fijamente a la vez que me remangaba las larguísimas mangas de la sudadera prestada. Cuando los vi a todos juntos pensé que aquel nene pegaba con esos camioneros como un Cristo con un lanzallamas.

—¡Hola, soy Barbie! —les solté a los tres amigos que estaban observándome estupefactos. Después me dirigí a Alejandro, que me miraba con la cara desencajada—. ¿Álex, me dejas la llave? Bueno, creo que vas a tener que venir conmigo a abrirme la puerta y después volver a bajártela para que puedas entrar cuando decidas subir, ¿no?

A los pocos segundos, Alejandro se levantó sin articular palabra para acompañarme.

—Un placer, señores, buenas noches. Es que me tengo que ir a dormir porque mañana he quedado con Ken para ir a hacer zumba —les contesté.

Me di media vuelta y los dejé allí pasmados mientras Álex venía detrás de mí.

Cuando cruzamos la puerta hacia el hostel escuche a uno de ellos decir:

—Me he *enamorado*, tío.

Subimos las escaleras y Alejandro no se atrevió ni a abrir la boca, creo que estaba avergonzado por la poca discreción de sus amigos y por mi reacción tras mi aparición repentina e inesperada. Cuando llegamos a la habitación 5 me abrió la puerta y se me quedó mirando fijamente con cara de querer darme una explicación.

—Hasta mañana, nene —me adelanté.

—Hasta mañana —respondió serio, en tono de voz muy suave.

Cerré la puerta y entonces me dio un subidón, no pude evitar reírme tras haber visto la cara que habían puesto los camioneros después de lo que les había dicho. Me senté en la cama más alejada de la ventana y empecé a carcajearme sola hasta que se me saltaron las lágrimas. Cogí mi bolso y volví

a sacar la encuesta para cambiar la respuesta a la pregunta 2. Leí todo después de la corrección.

*2. ¿Cuándo fue la última vez que soltaste una carcajada?*

*Hace un minuto, por haberles pegado un buen corte a unos camioneros.*

Me fijé en que, en un lado de la cama en la que estaba sentada, Álex me había dejado una camiseta blanca de manga corta, doblada. Volvió a invadirme ese sentimiento de ternura. Puse la encuesta en la mesilla que había junto a la cama, cogí el cepillo y la pasta de viaje que llevaba siempre en el bolso y fui al baño a lavarme los dientes. Al terminar de asearme, me solté el pelo y me miré al espejo. «¿Una Barbie?», pensé. Me fijé en mi cabello ondulado, encrespado, teñido de color rubio dorado desde hacía siete años con una raíz castaña casi imperceptible. Estaba un poco harta de mi aspecto, pero Carlos me había convencido de que aquel tono me suavizaba las facciones, encajaba mejor con mis ojos claros y la melena lisa era mucho más elegante para ejercer mi profesión. Decía que si mi imagen era más seria y formal me resultaría más fácil convencer a un juez o a un jurado. Así que me iba a costar verme de otra manera, ya que mi carrera se había desarrollado acompañada de ese *look*.

Sin pensarlo más, salí del baño y me quité la ropa deportiva para ponerme su camiseta. Sentí la tela suave sobre mi piel a la vez que percibía su agradable aroma de colonia. Me senté sobre la cama y cogí la encuesta para contestar la tercera pregunta. Tenía que haber alguna palabra que definiera mi meta en la vida, algo que reuniera todo lo que pudiera desear, pero ¿qué? Me acordé de la cara de los camioneros cuando me vieron aparecer y del gesto desencajado de Álex. No pude evitar volver a reírme.

—¡Ya está! —dije en voz alta—. La felicidad.

Era lógico, además justamente era lo que a mí me faltaba, hecho que había quedado de manifiesto en la contestación a la pregunta 1. Escribí la respuesta a la pregunta 3 y comprobé el resultado.

*3. Define tu meta en la vida en una sola palabra.*

*Felicidad.*

Las cuestiones que tenía entre las manos empezaban a tener sentido para mí, continué leyendo:

4. *¿Cuál crees que es tu papel en el mundo?*

Aquella pregunta era demasiado intensa para contestarla en ese momento. Estaba agotada. Guardé la encuesta en el bolso y apagué la luz. Me metí dentro de las sábanas y pensé una vez más en la cara de alucine que habían puesto los camioneros. Me reí. Después cerré los ojos y caí en los brazos de Morfeo.